

este modo: «Siervo mio eres tú, Jacob; sobre tí puse mi espíritu y promulgarás justicia á las naciones. Yo el Señor te tomé por la mano y te puse para ser reconciliación del pueblo, para luz de las gentes. Congréguese á una todas las naciones y reúnanse todas las tribus. Un día, cuando esté preparada la casa del Señor, en la cumbre de los collados, correrán á él todas las gentes y dirán: Venid y subamos al monte del Señor y á la casa del dios de Jacob, y nos enseñara sus caminos, y andaremos en sus senderos, porque de Sion saldrá la ley y la palabra de Jerusalem; juzgará á las naciones y será árbitro de los pueblos; y de sus espadas forjarán arados, y de sus lanzas hoces; no alzará la espada una nación contra otra nación, ni se ensayarán más para la guerra; y cada uno se sentará debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien cause temor. Será la paz obra de la justicia, y el cuidado de cultivarla proporcionará una seguridad que durará eternamente.

Consecuencias de aquel espíritu exclusivo de las naciones paganas eran la esclavitud, la crueldad y el menosprecio á las mujeres. Se reconoce personalmente la primera, no sólo como un hecho, sino también como un derecho. Derramando sangre humana aplaca la religión á una divinidad en que no cree; ofrece la política en espectáculo agonías humanas á un pueblo envilecido. En las obras de arte no aparece la mujer sino como un instrumento en manos de los dioses y del hombre; sigue siempre, jamás conduce; no tiene más libertad que la del llanto; cuando se ocupan de ella las leyes es para sujetarla á perdurable tutela, bajo la autoridad de su padre cuando es hija, bajo la de su esposo cuando se casa, bajo la de algún pariente cuando enviuda; esta excluida de la plenitud del derecho, que no se adquiere más que por la aptitud para empuñar las armas. Privada hasta de la piedad del luto esta encantadora mitad del género humano permanecerá encerrada en los gineceos ó prostituida toda su vida. Sólo algunas se liberrarán de una oscuridad funesta á costa de su pudor, como las Tais y las Aspacias, ó por medio de virtudes heroicas, privilegio de escaso número de ellas.

La fuerza del sentimiento natural indujo á

Platon á proclamar la igualdad de la mujer, si bien sólo en la casta privilegiada; luego la envileció arrebatándole su carácter más precioso, el de madre que educa con amor á sus hijos, esperanza de la generación venidera.

Cristo proclama que todos los hombres son hijos de su padre. Todos están mancillados con una culpa original, que él expia igualmente por todos con su sacrificio. Así desaparece toda diferencia de origen, toda distinción de raza en la fraternidad de Cristo; y vástagos todos de un mismo tronco, grandes y pequeños, hombres y mujeres, libres y esclavos, latinos, bárbaros judíos, se dirigen por diferentes sendas á un comun destino.

Si el indio ó el egipcio ve á una clase de hombres muy desventurada, ó á un individuo agoviado por el infortunio, creará que su padecimiento emana de un pecado cometido en el cielo ó en la tierra, y tenerle compasión será casi una impiedad á sus ojos. Pero el cristiano sabe que, si todos han pecado, todos son redimidos.

Ahora bien, el distinto sentimiento que debe surgir en semejante caso sobre el uno y sobre el otro, indica suficientemente el diferente efecto que ambas religiones han de producir en la muchedumbre. Jesucristo ama á su patria; aspira á serla útil del modo más positivo, mejorando sus costumbres y sus creencias; gime pensando en la ruina á que la arrastra su obstinación contra la verdad; pero no le inclina una adhesión parcial y ciega á servirla y á hacerla grande con detrimento ajeno; no quiere elevarla sino elevando con ella á todo el género humano...

El adorador fetiquista profesa la religión más individual, puesto que cada cual hace Dios al que le inspira amor ó miedo; no percibe, pues, en el mundo más que seres aislados. Da el politeísmo á los hombres tantas divinidades distintas como asociaciones hay sobre la tierra, de donde se sigue que se reviste de un carácter social, si bien limitado. La universalidad no puede pertenecer más que al monoteísmo. Tal era sin duda la doctrina profesada en todos tiempos por los hebreos; pero un grande obstáculo se oponía á sus consecuencias, á saber, que era un pueblo especialmente elegido, aunque sus creencias fueran comunes á todas las clases, y

aunque el esclavo adorara y conociera la divinidad lo mismo que el levita.

Jesucristo enseña con la unidad de Dios la unidad y la igualdad de la familia humana. En las antiguas religiones había además de las divinidades peculiares á cada nación, dioses domésticos, lares, ritos de familia; al revés por el cristianismo, todos los hombres concuerdan en creencias, reuniéndose en una sola iglesia. En todos los países se cumplen las mismas solemnidades, signos consagrados distinguen en cualesquiera comarcas al creyente, son comunes las oraciones, y frecuentemente se recitan en el mundo entero en el mismo día y á la misma hora. Jesús no instituye una casta sacerdotal ni ritos de una solemnidad indispensable; no será forzoso ir á Garitzin ó á Sion; oraciones, simples ceremonias, afectuosas conmemoraciones congregarán á los fieles, cualquiera que sea el instante en que eleven á Dios sus almas.

Todo tiene, pues, por objeto la unidad, la asociación fraternal. Pero la primera no se puede alcanzar mientras el hombre permanece abandonado á su juicio individual y á sus inspiraciones. Jesucristo, cuya reforma era moral y no política, no pronunció en verdad ninguna palabra que se refiriera directamente al orden material del mundo visible; pero hallándose la tierra íntimamente enlazada con el cielo, el tiempo con la eternidad, lo contingente con lo necesario, esta ciencia de las relaciones del hombre con Dios, y de su unión por la mediación de un redentor, renueva al mundo, ofreciéndole una regla de eterna justicia; estorba desde luego que unos hombres se consideren como fin y otros como medio; funda en seguida la libertad engendrada por la fé, por la práctica de la virtud.

Cuando la mujer del Zebedeo pide á Jesús que sus hijos se sienten en su reino uno á su derecha y otro á su izquierda: *No sabeis lo que pedis*, responde; *todo el que quiera ser mayor, será vuestro criado, así como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en redención de muchos.*

Estas palabras indican la regeneración de la sociedad, sustituyendo á la tiranía, bajo la cual sólo un corto número goza y la mayoría padece; el gobierno en ventaja de todos, convirtiéndose en un deber y no en un placer el cui-

dado de dirigir á los demás hombres. Aquel que se sienta en el lugar más elevado, sabe que tiene obligación de servir á la gran sociedad humana, y de consiguiente no ha de envanecerse de su alta categoría. Aquel que se halla en las filas inferiores vé en el poderoso al hombre constituido en su provecho; á male, pues, y le auxilia. Desde entonces los que tienen el poder, reconocen los derechos de los súbditos, y estos últimos comprenden la obligación de obedecer por respeto al Señor, única fuente de que todo poder emana; y unos y otros concuerdan en no querer más que lo que quiere la voluntad del comun soberano.

Jesucristo designó al hombre que después de su muerte debía hacerse criado de sus criados, y fundó así la unidad del gobierno visible, que no siendo su reino de este mundo, iba á acercarse cada vez más á los hombres al reino de Dios; es decir, á la unidad de creencias y de afectos. Con este fin se establece un gobierno encargado de regir las conciencias; á él corresponde resolver las dudas y determinar las creencias. Nada tiene de violento; sus únicas armas son la persuasión, la gracia que invoca y la infalibilidad prometida por el Señor que ora en el cielo para que la fé de Pedro no vacile.

Lejos de luchar este poder espiritual con el de la tierra, prescribe dar al César lo que le pertenece; pero propagará á la faz del César doctrinas que insinuándose en la vida social, deben modificarla, y ejemplos, cuya evidente santidad inducirá á imitarlos. En su consecuencia habrá en la sociedad mundana naciones distintas, en la sociedad religiosa una *asamblea universal* (Iglesia católica). En la una dá la nobleza de raza, dignidad y poderío; en la otra, todo proviene del mérito personal, sin grados ni privilegios hereditarios; de tal manera que el que nace en las últimas filas, podrá encumbrarse á la primera y hasta á los altares. Allí la fuerza es la que impone los gobernantes, y su capricho es el que hace los magistrados; aquí todo es producto de la elección libre, desde el acólito hasta el pontífice. Allí ejércitos que avasallan los cuerpos; aquí apóstoles que persuaden el entendimiento y cautivan la voluntad. Allí emperadores que decretan; aquí obispos, diáconos, sacerdotes que instruyen y aconsejan. Allí juicios que castigan; aquí un tribunal en

que la declaracion que se hace de las culpas las expia; y si hay uno que persistiendo en la iniquidad escandaliza á sus hermanos, la pena más severa en que incurre, es verse excluido de la comunión de la iglesia; es decir, no tomar ya parte en la oración ni en el banquete de los hombres honrados. Allí en suma, la materia, aquí el espíritu; por un lado la coacción, por otro la conciencia.

Aquella palabra, *sed perfectos como mi padre celestial*, al mismo tiempo que establece sobre una base divina la sociedad humana, trastorna la inmovilidad antigua, exigiendo que la actividad humana se ejercite en el afecto, en el sentimiento de las obras. «No penseis que vine á meter en la tierra paz sino espada; el reino de los cielos se toma por violencia y los violentos son los que lo consiguen. Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas. Ved como yo os envío como ovejas en medio de lobos. Os harán comparecer los hombres en sus audiencias y os azotarán, y seréis aborrecidos de todos por mi nombre. Cuando os persiguieren en una ciudad, huid á la otra; no temáis á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma. No ha de ser el discípulo mejor tratado que su maestro. El que quiera venir conmigo que tome su cruz y sígale. No contéis con los frutos, porque uno es el que siembra y otro el que siega.»

Es, pues, la misión de los siglos modernos adelantar y luchar, y si la palabra de Dios no es ongañosa, irá desarrollándose y realizándose cada vez más la ley del amor y de la justicia; y como en ella consiste asimismo el perfeccionamiento del orden moral, será infalible el progreso porque habrá venido á ser la ley natural de la humanidad. Llegando á enlazarse las ciencias humanas en su conjunto á la sublime unidad de lo verdadero, que es también el principio del cristianismo, no las repudia, sino que las transforma; las asegura realmente un eterno triunfo sobre la tiranía del vicio y del error, que es la peor de todas.

Habían ignorado los sabios el medio de oponerse á la corrupción universal; Jesucristo lo enseñó diciendo que sólo podían alcanzarse públicas mejoras con la reforma de las costumbres privadas. Cualquiera que sea el grado de perfección que pueda imaginar el hombre, lo

halla en el Evangelio; cualquiera duda que le ocasione la prudencia y la utilidad de una resolución, el Evangelio le sugiere siempre la solución más honesta y generosa; no hay culpa que no pueda cometerse desviándose de sus máximas ó desconociéndolas.

Amar á Dios es el primer precepto; amar al prójimo á causa de Dios es el segundo, equivalente al primero. Amando á Dios, aborrecemos en nosotros el principio material, este germen corrompido, y permanecemos sumisos á los preceptos de Dios, hasta regocijarnos en la aflicción, humildes hasta amar el oprobio, á fin de que venga á nos su reino. Amando al prójimo como Jesucristo nos ha amado, es decir, con una benevolencia social perfecta, no miramos á ningún hombre como medio, sino que consideramos como fin á todos. No hacemos distinción entre el grande y el pequeño, entre el perseguidor y el amigo, y nos hace obrar en el interés común la nueva virtud de la humanidad. Cuando todo hombre adquiere un premio infinito siendo rescatado con la sangre de la víctima divina, ya no es lícito sacrificar al Estado el individuo, la moralidad personal á la de la asociación política, y la verdad moral nace entonces. Poco á poco, con la resignación de la cruz, queda abatido el orgullo de los sabios; cesa el perpétuo gemido del pobre, cuando reconoce que los padecimientos son el patrimonio y el mérito del hombre en su terrenal destierro; que Cristo es el primero que ha llevado la cruz, dejándola como testimonio de la fé, como base de la esperanza, como excitación á la caridad. No se vé reducido el hombre vicioso á sumergirse en nuevos extravíos ó á desesperar de rehabilitarse, puesto que existe un sacramento de reparación; el ladrón salvado en la cruz, la mujer adúltera elevada á la condición de no pecar nunca, el júbilo del buen pastor al encontrar la oveja descarriada, prometen el perdón ó el arrepentimiento. Vé el oprimido á Cristo no encontrando fidelidad en sus amigos, ni agradecimiento en aquellos á quienes ha colmado de beneficios, ni justicia en los tribunales, y halla consuelo. Hasta la misma ley, viendo sucumbir á un inocente, respeta la imagen de Dios en el acusado.

No era un dogma nuevo la inmortalidad del alma, y los mejores filósofos lo habían deducido

de la conciencia. Pero presumirla, desecharla y aún creerla como especulación doctrinal, es muy distinto de regular por ella la conducta interior y exterior. Hasta los mismos hebreos, á pesar de que enseñaba la doctrina de la inmortalidad, el más puro dogma, no excluían de la sinagoga, ni de las funciones políticas á los saduceos que la negaban; y aún ente los gentiles, para aquellos en quienes aún quedaba alguna fé en opiniones, reputadas generalmente como vulgares, el tártaro y el Eliseo están reservados para hechos sorprendentes y conocidos por todos, para actos, que ventajosos ó nocivos á la sociedad civil, única norma de la moralidad, habían sido ya remunerados ó castigados por la ley ó por la opinión.

Al revés Jesucristo, dá á cada cual una conciencia individual, le somete á la obligación absoluta de perfeccionarse á sí propio. Exponiendo la idea más sublime de la divinidad, que muestra despojada de las nubes de la superstición y de la ignorancia y colmada de perfecciones, recomienda á los hombres imitarla; les obliga á confiar en una Providencia que vela sobre ellos con solicitud constante, y á hacer memoria de que están en presencia de un remunerador siempre. De consiguiente, se encomienda la pureza interior en vista de la vida futura; se soportan con paciencia los males del destierro en virtud de la esperanza de llegar á la mansión eterna.

Allí no se cifra la ventura en goces terrenales, sino en el conocimiento perfecto de la verdad, que constituye el fin más elevado de la inteligencia: frente á frente de Dios, ella perfeccionará la imagen divina impresa en nosotros y nos unirá á todos en el amor más sublime, en la alegría de las recompensas alcanzadas, y después de las pruebas de la expiación, en las glorias del triunfo.

Aun cuando fuera posible establecer que semejantes doctrinas fueron conocidas por los filósofos antiguos, ya lo debiesen á la fuerza del raciocinio ó á un residuo de las primitivas tradiciones, eran, por decirlo así, patrimonio de un corto número de individuos, jamás habían sido comunicadas al pueblo, ni le habían aprovechado en nada. ¿Derribaron Sócrates y Pitágoras ni uno sólo de los impúdicos altares que se alzaban á sus ojos? ¿Acometieron Epicúreo

ó Cicerón la empresa de abatir aquellos dioses, á quienes ponían en ridículo en sus fastuosos templos? No; la religión como la ciencia, y en suma, como todas las cosas, era privilegiada y patrimonio de un corto número de hombres. Hasta los mismos platónicos tenían dos grados de iniciación filosófica: la purificación ó la virtud para el vulgo, la comprensión ó la ciencia para los elegidos; permaneciendo así el pueblo confinado á una categoría inferior á la de los filósofos, la virtud debajo de la ciencia.

Pero el cristianismo no tiene secretos, no conserva velos en sus templos; no hay un hombre á quien pueda segregarse de la iglesia por profano. Enseñando á los niños con los primeros vocablos, se arraiga en los corazones, donde imbuje una moral tan suave como sublime, una igualdad afectuosa que sólo permite ver hijos de Dios en el mundo. Del cristianismo ha emanado esa moral tan pura, sobre la cual no influye la diversidad de los tiempos, ni de las personas, y que incesantemente tiene por fin el perfeccionamiento del individuo y la caridad respecto del prójimo. En las antiguas edades era dulce la venganza para los nobles corazones; era el deleite de los dioses. Desde ahora el perdón traerá la paz á la tierra.

Honrúbase el impudor y aún se adoraba entre los dioses y se ostentaba entre los hombres; de tal manera que anualmente acudían los mancebos al sepulcro de un Diocles, afamado por sus infames amores, compitiendo en lubricidad y coronándose al más lascivo.

En Roma no se hacía misterio alguno de los más vergonzosos ultrajes contra naturaleza. Si algunos hombres denominaban virtud á la honestidad, no creían de ningún modo empeñarla abusando de los esclavos y recibiendo de los libertos un infame tributo de agradecimiento.

Todo hombre que deba respetar á la divinidad en sí mismo, no será capaz de adoptar un estado intermedio á la virginidad y al matrimonio. Intima la nueva ley moderar los apetitos sensuales; se estrechan los vínculos domésticos y el nudo conyugal se hace duradero para un fin sublime.

¿Es posible que se halle nunca decoro en las costumbres allí donde el hombre puede imponer el vicio á innumerable tropa de mujeres abandonadas al capricho de un amo? ¡Mucho

importa por el contrario que la mujer sea realzada y ennoblecida, á fin de que su poder sobre el corazón del hombre consiga establecer esa dulce reciprocidad de bondad y de respeto, por ser la única fuente de la ventura que en la vida doméstica se goza! Véase, pues, como de la moral nace la libertad, esa necesidad suprema de la naturaleza humana. El pudor maldecido hasta entonces, hollado en las cortesanas, en las esclavas, y lo que es más, en las diosas, viene á ser el más hermoso ornamento de las mujeres, saben que hasta deben morir á trueque de conservarlo, y que alcanzarán galardón completo. Saben asimismo que, para adquirir méritos reales, no están obligadas á heroicas virtudes, sino á educar á sus hijos en las blandas virtudes que han de guiarlos al cielo.

A fin de que el hombre pueda aspirar en su terrenal destierro á la perfección, debe propender la iglesia á quebrantar los hierros, á derribar las tiranías nacidas de la costumbre de oprimir y de envilecerse, y la esclavitud que era la peor y la más universal de todas. Pero romper de pronto las cadenas, decir á los esclavos: «Sois libres é iguales á vuestros señores», hubiera sido una obra tan inconsiderada como si, para desecar un lago cuyas exhalaciones infestaran una ciudad, se quisiera romper los diques en el mismo instante: hasta la filosofía de nuestro siglo ha visto y vé aun donde ván á parar para esos súbitos trastornos. Cristo hace reformas y no revoluciones; derrama entre los esclavos una semilla que llegará á producir con el curso de los siglos lo que jamás hubiera producido ninguna de las doctrinas de los antiguos sabios, la libertad. Es llamado el esclavo con su dueño, ante el Dios de todos, á sentarse en la misma mesa; se le restituyen su personalidad y su conciencia; ha llegado á ser responsable de sus obras, sus pensamientos. San Pablo envía á su señor un esclavo fugitivo, si bien después de haberle bautizado, y le escribe: *No le recibas como esclavo, sino como hermano muy querido. Si me consideras como compañero, acógelo como me acogerías á mí mismo.*

Si continuó subsistiendo la esclavitud, culpa fué de los adversarios del cristianismo y de los tiempos; porque la religión nueva no podía primero obligar á abolirla á los voluptuosos ro-

manos, ni después á rudos conquistadores. A lo ménos la iglesia, ínterin termina, ofrece al esclavo, no solo el pan material, sino el del alma, la instrucción religiosa. Hace resonar cotidianamente una protesta contra la iniquidad inveterada; y en tanto que el esclavo llega á verse transformado en siervo, y asociado desde entonces al trabajo libre, donde quiera que la religión penetra, ya no se calcula con bárbara exactitud hasta qué punto pueden funcionar sin hacerse pedazos aquellas máquinas vivas. Determina ciertos días en que se consiente reposo al esclavo, días santificados por los consuelos de la plegaria y de la instrucción que el sacerdote distribuye á todos.

Con la esclavitud debía caer también la nobleza, fundada únicamente en la raza; pues aunque nada hayan dicho los antiguos por hallarse poco habituados á un análisis profundo, su *ingenuitas* consistía en definitiva, en descender de personas libres sin mezcla de esclavos ó de libertos, de donde resultaba que, no existiendo ya éstos, la distinción natural desaparecía.

Tales son las numerosas é importantes aplicaciones civiles producidas por esa doctrina llena de evidencia, en que los esclavos ven la libertad, los oprimidos la justicia, los pobres la caridad, los sabios la razón y la esperanza; doctrina cuya profundidad admiran los grandes talentos, cuya sencillez aman y acogen con solícito afán los pequeños.

Pero ¡cuánto debía prolongarse la lucha! Madurado habían los abusos y se habían incorporado en cierto modo á la sociedad al punto de no poder ser extirpados más que con ella. Sólo grandes esfuerzos podían llegar á reconciliar, á confundir la civilización y la religión, desunidas había largo tiempo. Al reino de Dios se oponían la fuerza, las preocupaciones y la misma índole del hombre, que no se había emancipado de la corrupción, aunque el Redentor le hubo prestado ayuda para regenerarse. Ved que han trascurrido diez y ocho siglos, y todavía baña la esclavitud extensas comarcas con sus sudores, aún subsiste la servidumbre feudal en países civilizados; se ha hundido la aristocracia de sangre, pero se ha elevado la que se funda en el dinero, y especula evidentemente con las lágrimas del pobre, computando lo que

es preciso darle, á fin de que sirva y muera sin rebelarse; una muchedumbre que há menester razón, industria, amor, permanece todavía descuidada; aún subsiste el desafío, como también la guerra y el poder material, que pretenden tiranizar lo que es del dominio del talento.

Pero Cristo no bajó entre los hombres para hacer desaparecer los males que constituyen su legado; vino para traer la caridad, bálsamo que los alivia y consuela. ¡La caridad! Virtud sin nombre entre los antiguos, considerada más bien como flaqueza, llega desde entonces á dulcificar inevitables miserias, á llorar con los que padecen, y á transformar las más crueles desgracias en ocasiones de mérito, en vínculos de fraternidad.

#### CAPITULO IV

Primeros tiempos del Cristianismo.

No bien fueron vivificados los apóstoles por el espíritu de consuelo, salieron por las calles de Jerusalem, hablando á la muchedumbre que había acudido á la fiesta de Pentecostés, y convirtieron á tres mil personas, número que debía aumentarse de día en día. Admitíase á los prosélitos á la oración dentro del templo, y al misterio eucarístico, á la comida en comunidad dentro de las casas. Todos rendían á Dios acciones de gracias con sencillez de corazón y con entusiasmo.

Esperaban los hebreos en el Mesías a un redentor terrestre, y los profetas se expresaron de tal modo, que incurriendo en este error hasta los mismo apóstoles pedían á Cristo empleos en su reino, y se escandalizaban á la idea de sus padecimientos. Bastaron á desengañarles los asombrosos hechos con que el Mesías señaló su venida; pero los judíos persistieron con obstinación culpable en un yerro digno de excusa sólo á primera vista. Así á la par que Judea, reconociendo el cumplimiento de las promesas divinas en un sentido más elevado y más fecundo, hubiera podido llegar á ser el punto de partida de la historia de las sociedades modernas, permanece al revés marcada con el signo de la reprobación y deja de operar su porvenir propio. Extinguida quedó la ciudad de la manifestación y de la paz desde el momento en que hubo desconocido el símbolo que explicaba;

pero los escombros del templo, cuyas piedras estaban cortadas y dispuestas misteriosamente, debían servir para levantar el admirable palacio del Dios eterno.

Al principio no se separaron los cristianos de los judíos, puesto que su religión no destruía la ley mosaica, sino que era al contrario su complemento; pero á fin de que se cumplieran las amenazas del Señor de dar á guardar á otros su viña, empezaron á perseguirles los mismos judíos. Pedro y Juan, que atraían cerca de sí á gran número de personas, curando á los ciegos, á los cojos, brindando el don de la palabra á los mudos, son detenidos en la cárcel, prohibiéndoseles hablar de Cristo y decir que había resucitado. Pero declaran que deben obedecer más bien á Dios que á los hombres, regocijándose de ser blanco de ultrajes por Jesús y de sufrir en su nombre. Mientras bautizan en su calabozo, se elevan por ellos hasta el trono de Dios continuas plegarias, hasta el momento en que llega el ángel á libertarles de sus cadenas. Entonces el Sanhedrin se apresta á darles muerte; mas oponiéndose á ello Gamaliel, doctor de la ley, son azotados en medio de la asamblea, y queda la iglesia llena de edificación, sabiendo cuánto mérito atribuye su fundador á los padecimientos, á la resignación, á la esperanza.

Vivían los nuevos creyentes en santa armonía, y á fin de borrar entre ellos toda diferencia de fortuna, vendían en Jerusalem todo aquello de que eran poseedores, y luego llevaban á los apóstoles sus productos, para que los distribuyeran según las necesidades de cada uno, y para que nadie sufriese por causa de indigencia. Aunque no debía existir entre los miembros de la asociación diferencia alguna, las viudas de los hebreos obtenían en las distribuciones cotidianas de alimentos alguna preferencia sobre las de los helemitas ó extranjeros. Produjo esto desagrado, y en su consecuencia se nombró á siete diáconos de probidad reconocida, encargándoles no sólo distribuir el alimento temporal, sino también el cuerpo y la sangre, que después de la comida de los fieles se consagraba todos los días en memoria de Cristo.

Contábase entre el número de éstos Esteban, quien lleno de fuerza de alma y de la gra-